

Capítulo 1 - If darkness has a son

Me hundí en el sillón de cuero, la suave calidez del material envolviendo mi cuerpo. La chimenea crepitaba como un corazón ardiente, mientras las sombras bailaban en las paredes como espectros atrapados en un ciclo eterno. Fuera se extiende la ciudad de Mitras, un laberinto de calles y edificios, bostezando mientras se prepara para recibir el manto del sueño nocturno. Pese a la hora, aún se escuchan carruajes de algunos rezagados, ya sea por obligaciones o, más comúnmente, placeres inconfesables.

Mis pensamientos vagan recordando el cuartel del Cuerpo de Exploración, enclavado en las cercanías de la ciudad de Trost. Recuerdo el cosquilleo en la nariz del gas que alimenta los equipos de maniobras utilizados en los entrenamientos. También al sudor de los barracones tras las extenuantes rutinas de entrenamiento repetidas de forma sistemática en un intento de minimizar los muertos en las expediciones. Un engranaje implacable, devorando a los soldados uno tras otro como una incansable máquina de precisión.

Las incursiones del Cuerpo deben su peligrosidad a desempeñarse fuera de la seguridad de los Muros. Las probabilidades de morir son altas, pero nunca han condicionado mi resolución de participar en ellas: mi corazón late como si estuviera a punto de explotar, mis músculos se tensan como si fueran a romperse y mis sentidos se agudizan. Para otros, pertenecer a este grupo militar es sinónimo de muerte y locura, pero eso es porque no pueden comprenderlo, no pueden sentirlo: para mí es el orgullo de defender a la Humanidad, entregarte a la voluntad de vivir y enfrentar al enemigo cara a cara. Los Titanes. El vello se me eriza y un escalofrío recorre mi espalda. Enfrentarlos cara a cara y luchar por un mundo mejor, un mundo libre. Luchar por la libertad. Si algún día no me siento vivo pensando en el Cuerpo de Exploración, seré simplemente un muerto en vida.

Y por supuesto, el cuartel es Hange. Mi esposa. La imagen de sus gafas ovaladas y su alocada sonrisa se dibuja en mi mente al pensar en volver. Nos conocimos jóvenes, dos reclutas extraños entre ese grupo de raritos, rebeldes e inadaptados. Nuestra relación brotó espontáneamente en medio del caos y la desazón, como una flor en medio de la tormenta, aunque algunos compañeros bromeaban sobre como dos así de locos podrían no acabar juntos. Hange Zöe, la pirada que pretende comunicarse y entender a los Titanes; y Kaito Connor, el zumbado que aseguraba que su pueblo había sido aniquilado por titanes dentro del muro. Y posteriormente el heredero de una descomunal fortuna, aunque prefiere jugarse la vida con un equipo de maniobras. Dos locos, tal para cual, unidos para siempre pero juntos en contadas ocasiones.

Pese a todo eso, siento a Mitras como la jaula de mi alma. Los muros, de hecho, no son sólo piedra y cemento, son cadenas dividiendo a los individuos entre aquellos cuyo corazón ansía mirar al cielo y aquellos sometidos bajo el peso del destino. La Humanidad realmente debería preguntarse cuál es su mayor enemigo: los titanes del exterior y su ansia por devorarnos; o los humanos dispuestos a sacrificar a sus semejantes por vivir un poco mejor, un poco más. Con estos pensamientos en mi cabeza, no aprecié a Kenny Ackerman en mi despacho. Allí estaba, siguiendo su costumbre de entrar cuando y como le apetecía. Permaneció unos segundos inmóvil, parado junto a la puerta y apoyado en la pared, la cabeza ligeramente inclinada ocultando su rostro con el ala del sombrero. Mido 1'82m y aún así es

considerablemente más alto que yo, acentuada la sensación por su complexión delgada. Las diferencias no acaban ahí, en más de una ocasión me ha demostrado su gran capacidad física y atlética superándome con facilidad en más de una ocasión pese a mi mayor musculatura. Sigo un entrenamiento físico constante y riguroso en el cuartel, y en Mitras con los mejores adiestradores que he podido encontrar. Aún así me ha doblegado siempre como si fuera un niño. Es una tormenta contenida, una bestia acechante bajo una calma aparente mientras espera el momento para desatar su furia.

Finalmente, unos instantes después de prestarle atención levanta la cabeza hacia mí. Sus ojos, bordeados por patas de gallo y con profundas ojeras, me observan sin demostrar ninguna emoción. Mi corazón acelera, sus fuertes latidos golpean el enrejado de mis costillas. Noto mis manos húmedas y los músculos tensos, mis ojos buscan posibles salidas de la habitación. Ninguna está fuera del alcance de sus movimientos. Inconscientemente, mi mano se desliza hacia el frío cuchillo escondido bajo el escritorio buscando un leve atisbo de seguridad inútil, mientras el miedo reptaba por mi espina dorsal buscando clavar su veneno en mi cerebro y dejarme sin aliento.

Avanza despacio, acercándose poco a poco con una media sonrisa mezcla de asco y desgana, y lanza su abrigo oscuro sobre el respaldo de una silla...para sentarse en la inmediatamente adyacente apoyando los pies en mi escritorio y encendiéndose un cigarro.

- Eres un maleducado, Kaito. Llevo un rato aquí y me has ignorado completamente. Debería matarte sólo por eso.
- Lo siento, Kenny, me distraje. Tampoco me has avisado de que habías entrado...
- Mira chaval - me interrumpes, como es habitual, - yo no tengo que avisarte de nada. Y todo lo que espere para hablar contigo es de más. No me pongas a prueba.
- Vale - es mejor no llevarle la contraria así que me pliego a sus quejas. - Fallo mío, por supuesto, nos hemos visto hace poco y no esperaba que me necesitaras tan pronto.
- ¿Necesitarte? - Recoge los pies y su enorme figura se inclina amenazadoramente sobre mí, sonriendo como un gato sádico listo para atacar. El desagradable olor del tabaco inunda mis fosas nasales, provocándome un desagradable pero conocido picor. - Te lo crees demasiado si piensas que puedes serme necesario, niño. ¡Cuida tus palabras conmigo!
- Lo entiendo. Dime si puedo serte útil, y en qué.
- Podías haber sido útil en la ciudad, ¡imbécil!

Sus ojos se dirigen directamente hacia los míos. Las venas inyectadas en sangre, una coloración roja surca su rostro. Su cuerpo parece crecer, extenderse, abarcar todo el espacio. Siento mi garganta seca, incluso me cuesta respirar por la presión de su presencia. Algunos no han salido vivos de un momento como este.

- Quería estrechar entre mis brazos a mi nieto, levantarlo del suelo y mirarle la cara. Quería ver lo guapo que es porque seguro que se parece a su abuelo, y no a la cabeza hueca idealista de su padre. No sé que ha visto mi hija en tu comandante...

Dejó morir la frase con desgana. Kenny es así, es una persona con un comportamiento completamente extremo y tan pronto parece a punto de matarte, como al siguiente segundo se comporta como si fueras la más miserable e insignificante criatura sobre la tierra. Y mejor ser considerado en la segunda categoría.

- Es cierto. Traté de organizar una comida de forma que no pudiera acudir Erwin, y esa parte lo logré. Pero fue imposible separar de Kouchel al niño sin que su tío Levi estuviera cerca...
- Otro que tal... ¡El canijo! - rompió a gritar de nuevo. - ¡Si ha crecido tan poco que a veces tenía la sensación de que su sobrino era más alto! ¡Maldita sea!

De nuevo los ojos inyectados enrojecidos, los tonos rojizos en su rostro, la mirada torcida. Si no se apacigua su ira, lo voy a pasar mal. No despega sus ojos de mí, aunque por un momento observa mi mano derecha oculta bajo la mesa. Una media sonrisa, no acierto a precisar si cansada o desanimada, se dibuja en su rostro.

- Bueno, buscaremos otra ocasión. No se van a mover de ahí y nos hemos asegurado de que Erwin esté a salvo. Mientras Erwin esté allí, Kouchel no se alejará mucho.
- ¿A salvo? ¿Has dicho a salvo? ¿Crees que me importa el rubio? Si hace falta, podría ordenar que lo mataran ahora mismo. ¡Demonios! ¡Podría entrar y matarlo yo mismo, junto con la mitad de vuestro orgulloso Cuerpo de Exploración!
- ¿La mitad?
- Sí, eso suponiendo que me aburro en el camino... Bueno, no me cambies de tema, no me importa en absoluto. Kaito, vas a tener que compensarme por semejante decepción. Y no será fácil.

Parece que pasó, pero mejor si me mantengo alerta. He contemplado en muchas ocasiones como ha atacado violentamente a un interlocutor relajado de forma inesperada, cuando parecía haber superado su brote violento. Es impetuoso, su instinto asesino parece tener vida propia, a veces lo domina y luego simplemente expresa haber cambiado de idea. Es la peor clase de depredador, capaz de disponer de las vidas ajenas únicamente por que puede, no porque lo necesite. Es el ser humano más cruel que he visto nunca. Mejor mantenerse alerta hasta el final de cualquier conversación con él. Al menos yo así he conseguido mantenerme con vida tratando con él.

- Lo haré lo mejor que pu...
- ¡Ni se te ocurra decir eso! - explotó de nuevo de rabia. - No harás lo que puedas, ¡harás todo lo que te digo o te rajaré el cuello, te colgaré de la ventana más alta de tu casa y pintaré la fachada con tu sangre!
- Haré lo que me digas.
- Así mejor. - Exhaló una bocanada de humo, y la tensión pareció desaparecer de sus hombros acompañando al humo. Se reclinó en la silla, cerrando los ojos por un momento, como si estuviera saboreando su triunfo. - Tengo un grupo de personas interesantes a mi cargo, un grupo de personas para las que necesito un adiestrador competente y capaz. Pero para las habilidades que necesitan, sólo cuento contigo.
- Gracias...
- ¿Me tomas el pelo? No era un cumplido.
- Lo sé, pero dispones de suficientes recursos como para considerarlo así viniendo de tí.
- A veces no te entiendo, piensa lo que te dé la gana.

Kenny Ackerman supone más que un mero hombre en Mitras, su sombra se extiende por todos los rincones de la ciudad, resquebrajando el poder de cualquier otra autoridad. Puede permitirse entrar en una fiesta de la aristocracia de Mitras simplemente apelando a la Policía Militar para granjearse el paso. Puede estar relacionado con la Policía Militar Central, o incluso

rangos más altos. Nada pasa en el inframundo si él no quiere, el alcance de sus operaciones es absoluto y su beneplácito abre todas las puertas, incluso aquellas cerradas por dinero o posición. Si cuenta con una persona para cualquier encargo eso es un empujón al status de esa persona. Y este status, el de trabajar para Kenny, es algo de lo que he podido sacar provecho.

- Bueno, pues eso es lo que necesito. Necesito que les enseñes las habilidades de combate de las que dispones. Y no quiero que te guardes nada. No eras nada hasta que Kouchel te enseñó a luchar y disparar como alguien digno, y yo la enseñé a ella. Así que es como si me lo debieras a mí.
- De acuerdo.
- Otra cosa más. - Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro mientras sujetaba con los labios el cigarro casi consumido. Un extraño escalofrío recorrió mi espalda. - Aunque eres un mojigato, soy consciente de que has derramado sangre. Quiero que derrames sangre: purga a los débiles.
- Kenny, una cosa es ser duro entrenando, y otra es derramar sangre.
- Lo sé. Pero tengo más de los que necesito. Los que sobran, son débiles, utilízalos para mostrarles al resto las consecuencias de ser blando. Las consecuencias de no darme lo que quiero.
- Conoces mi postura.
- ¡La tengo muy clara! Recuerdo perfectamente el incidente con aquella mujer y sus hijas. Te hiciste tanto el remolón, lo pensaste tanto... ¡al final me obligaste a matarlas yo mismo!
- Por eso, he matado por Kouchel y por mi comandante. Pero esto...
- ¡Este es el precio, idiota! ¡Quiero una porción de tu alma! Esa alma que te esfuerzas por mantener impoluta para dormir a gusto con tu mujer en el cuartel. ¿O pensabas que el precio iba a ser la estupidez de entrenar a un grupo de novatos? Para eso me basto yo...
- Y matarías a la mitad.
- ¡Pues me traen más hasta tener los que quiera! Pero eso sería demasiado lento. Quiero solucionar esto rápido, ¡y lo harás tú! Pagarás entregándome un poco de tu moralidad ambigua matando a los más débiles del grupo. Es lo justo por hacerme perder un poco de mi corazón en Trost con mi nieto. ¿Necesitas un recordatorio de las consecuencias si te niegas?

Suena la puerta. Unos leves toques, anuncio de un miembro del servicio entrando en la habitación. Todos ellos son como de mi familia, la mayoría están en esta casa desde mi primer día aquí. La noche anterior, la chimenea crepitaba pero no conseguía disipar el frío en esa enorme casa vacía. Ni siquiera sabía dónde iba a dormir, ni cómo afrontar el laberinto de puertas, pasillos y habitaciones cerradas al que me enfrentaba. El olor a nuevo no podía disipar el recuerdo de las muertes durante el incendio que consumió el antiguo edificio. Y mi papel en él, colaborando en el asesinato de mi padre. Aún creía oler las cenizas, y escuchar los gritos de agonía.

Aunque en ese momento la casa era legalmente mía tenía la sensación de mi padre observándome como un intruso, el hijo bastardo alejado casi nada más nacer. Y recuerdo como tras esa extraña noche, a la mañana siguiente una pequeña hilera de personas esperaban en

la puerta para pedir trabajo. Y hoy siguen aquí, una suerte de familia política de cuyo bienestar me siento responsable

Fue Rose quien cruzó el umbral, algo extraño pues lo habitual es que Abel se encargue en estas situaciones. Y este no suele permitir desajustes en las rutinas domésticas. Rose es una mujer joven, aproximadamente en la veintena. Atiende en casa desde aquel día, encargándose principalmente de la cocina. Recuerdo aún el miedo en su rostro cuando al aceptarla para trabajar en la casa me informó de su hijo, y llorando me imploró aceptarle en la casa para trabajar en lo que pudiera sin causar molestias. Desde luego, esos días me quedó claro cuán sumergido estaba en la ignorancia al pasar mi tiempo en el cuartel

- Disculpen la intromisión. - La voz de Rose es suave, sus gestos entrenados y precisos. - Como su encuentro se alarga traigo un modesto refrigerio. - Se movía despacio y con perfecta corrección en el trato, fruto de la educación y el trabajo con Abel. Rose coloca una bandeja con unos aperitivos en el escritorio, cerca de nosotros para alcanzarlos sin problemas pero lejos de los zapatos de mi interlocutor. Mientras, pregunta con suavidad. - Si el invitado desea cenar, podemos preparar...
- No, gracias Rose, no me quedará mucho más. -interrumpió. - De hecho, si has sentido la necesidad de traer un refrigerio significa que me he extendido demasiado. O que, el "*Señor Connor*" tarda más en entender la situación de lo deseable.

Cuando pronuncia "*Señor Connor*" lo acompaña con un desagradable deje. Sabe que me enerva recibir ese tratamiento al recordarme al monstruo de mi padre. Porque de algunas de sus atrocidades soy cómplice, además de culpable de otras incluso peores. Por eso, cuando recibo ese tratamiento parte de mi alma se estremece de asco. Y ese es el verdadero problema, que sólo lo hace parte.

- Permíteme decirte, querida - continuó -, que el "*Señor Connor*" no es consciente de su suerte. Una jovencita como tú, con tus talentos y habilidades en la cocina. Tu buena educación, tus buenos modales. ¡Y qué decir de tu discreción! - Se giró para mirarme de nuevo, acompañando su mirada con una sonrisa abiertamente desdeñosa. - Y además agradecida, supongo. ¿Tu pequeño está en el colegio, verdad? Supongo que no habrá tenido problemas en la escuela, siendo pagada por el "*Señor Connor*". Así parece de buena familia. No recuerdo su edad pero, ¿más o menos no tendrá los mismos años que llevas casado, Kaito?

El cuerpo de Rose se tensó, su rostro desdibujado en una mueca extraña. Nunca habíamos hablado al respecto, pero en su momento hubo rumores sobre una posible relación entre ambos alimentados por la escasa diferencia de edad y los antecedentes inmorales de mi padre. Los ojos de Rose se giran hacia mí vidriosos, sus labios tensos en una sonrisa forzada. La bandeja es depositada con seguridad en la mesa pese al temblor de sus manos. Por un instante, gira la cabeza para contemplar a Kenny pero inmediatamente se vuelve hacia mí, realiza una leve inclinación y se retira tal como dictan las formas según el criterio de Abel.

- Bueno, Kaito, al menos no te pareces en todo a tu padre, ¿verdad? - Con tranquilidad, Kenny recoge su abrigo y se cala el sombrero. - No hace falta que me acompañes, sé donde está la salida. Y no olvides el refrigerio, no desperdicies el talento culinario de mi admirada Rose.

Con un gesto desdeñoso arroja la colilla al suelo y la pisa para apagarla. Despacio, introduce el brazo izquierdo en la manga del abrigo, luego el derecho, y se vuelve a ajustar el sombrero.

- ¡Otra cosa! - Kenny se dirige a mí, de nuevo. - Me he acordado mientras aplastaba la colilla. Espero que no te haya importado, hay que apagarlas bien no sea que provoquen un incendio... - El repentino recordatorio del pasado me repugna desde lo profundo de mi estómago, pero aún espero algo peor. - Antes he mencionado el incidente de la madre y las niñas...en aquel entonces aún tenía algo de paciencia. No me decepciones esta vez, porque ahora tu comandante es mi yerno, pero tu mujer no es nada para mí. Y así, con la amenaza flotando y las manos en los bolsillos, Kenny se marchó sin despedirse.